Guerrilleros Aragoneses de 1808

En esta Segunda Guerra de Independencia, los hombres del Alto Aragón, de Las Cinco Villas, de la ribera del Ebro, de las sierras y de los llanos de Teruel, luchan y mueren por la libertad y por la dignidad de España. Mientras llega la hora de publicar sus nombres, de contar sus hazañas, "Aragón" quiere recordar las gloriosas figuras de sus guerrilleros, durante la epopeya nacional de 1808.

Don Miguel Sarasa

Son los hijos de la provincia de Huesca, generalmente hablando, rehechos, fornidos, infatigables, fuertísimos, de color sano y agradable presencia.

En cuanto al carácter, son bulliciosos y un tanto altivos, hasta frisar a veces en soberbios, pero francos, ingénuos, alegres, laboriosos, enemigos de la traición y capaces de toda acción heróica. Esta virilidad indomable, heredada de los celtíberos y de los bárdulos, constituye el fondo del genio aragonés.

Tipo perfecto del oscense aparece a nuestros ojos el célebre guerrilero D. Miguel Sarasa.

D. Miguel Sarasa era en 1808 el hacendado más rico de Embún, lugar perteneciente a la provincia de Huesca, situado a cuatro leguas de la ciudad de Jaca.

Mozo de alta estatura, gran corpulencia y aún más grandes bríos, era muy respetado en el país por su gran corazón y muy querido por sus nobles prendas de carácter, su desinterés y su generosidad nunca desmentidas.

Teníase, y con razón, por el mejor jugador de pelota de toda la comarca, no habiendo en toda la provincia quien le aventajase en el saque, ni en la manera de **volver** una pelota..

Tranquilo vivía en Embún dedicado al cuidado de su hacienda, de su mujer y de sus hijos, haciendo todo el bien que podía y gozando como un niño en sus partidos de pelota, en los cuales admiraba a amigos y adversarios, cuando los sucesos de mayo de 1808 y más que todo los dos sitios de Zaragoza, en cuya ciudad había hecho sus primeros estudios, conmovieron profundamente a don Miguel.

La caída de Zaragoza y la aparición de Renovales en el Roncal, decidieron a Sarasa, y bien pronto, sin atender a los ruegos de su esposa ni a las lágrimas de sus hijos, abandonó su hogar y su hacienda, y al frente de varios mozos del país, se lanzó al campo, teniendo con los imperiales en el mes de Junio de 1809 algunos felices encuentros.

Puesto en comunicación con D. Mariano Renovales, bien pronto les unió una estrecha amistad fortificada por el amor a España y aumentada por los peligros que ambos corrían.

Reseñemos, siquiera sea ligeramente los combates sostenidos por D. Miguel Sarasa contra las legiones napoleónicas, con su guerrilla, que diariamente se veía reforzada por los bravos montañeses del Pirineo.

El día 6 de julio de 1809 con 250 hombres, sostuvo en las llamadas Fuentes de Sarsa un terrible choque con una columna francesa de 600 hombres, sin que en las cinco horas mortales que duró el combate lograran los imperiales batir a nuestros guerrilleros.

El 19 del citado mes, Sarasa, que al igual de Renovales, extendía sus excursiones hasta Navarra, atacó la guarnición bonapartista de la ciudad de Sanguesa, compuesta de 400 soldados, derrotándola por completo y matando cerca de 200 adversarios.

Los franceses ansiosos de vengar esta derrota, enviaron un destacamento al pueblo de Embún, dispersaron a su noble familia, que apenas tuvo tiempo de fugarse, e incendiaron su casa, apoderándose de sus ganados. Apenas lo supo el bravo aragonés cuando retrocedió hacia su país, y con sólo 150 hombres, y bajo los cañones de Jaca, a donde los habían conducido, recobró sus ganados batiéndose por espacio de siete horas contra 700 hombres que salieron contra él de la plaza y obligándoles a buscar su salvación en Jaca, dejando el campo y las murallas cuajados de cadáveres.

El 23 de agosto, a la vista de la misma plaza, hizo frente Sarasa con extraordinario arrojo a la columna bonapartista, fuerte de 3,000 hombres, que venía de Zaragoza contra Renovales.

Esta acción, en la que nuestro heroico guerrillero contaba únicamente con 600 montañeses contra 3,000 imperiales, comenzó a las cuatro de la tarde y sólo terminó a las diez de la noche cuando en vista de sus grandes pérdidas dispuso el jefe francés que cesara el fuego.

Jamás los imperiales habían visto este género de guerra. ¿Combatir de noche? ¿Acaso, se decían, es esto posible? Los guerrilleros españoles se lo demostraron prácticamente. Para nuestros patriotas era igual combatir de día y a a luz del sol que de noche al fulgor de las estrellas. Los franceses no osaron prolongar este combate nocturno tan peligroso y temible para ellos.

A la mañana siguiente D. Miguel Serasa hizo prisionera la música del regimiento de línea núm. 15 y 50 soldados con ella.

El día 25 de Agosto dió una nueva prueba de su arrogancia y valor. Por disposición de su amigo Renovales se encargó de la defensa del antiguo y famoso monasterio de San Juan de la Peña.

Sarasa, con 500 guerrilleros suyos y 300 que envió en su socorro Renovales, resistió, a favor del terreno, el tremendo empuje de tres columnas imperiaels de a 1,000 hombres cada una, que subdivididas en seis de a 500 procuraban cercarlo primero para destruirlo después.

Durante algunas horas sus guerrilleros, dando pruebas del heroico valor que siempre distinguió a los hijos de Aragón, sostuvierón el ataque de las dichas columnas, y las acosaron con el empuje que los imperiales se vieron forzados a refugiarse en uno de los bosques de pinos que por allí tanto abundan.

Obtenido este triunfo, Sarasa pensó en la retirada, no por temor a un nuevo ataque sino para salvar sus guerrilleros del cerco que les preparaban los imperiales y para sostener el cual no contaba ni con víveres, ni con municiones, y en su retirada todavía les hizo 63 prisioneros.

Furiosos los imperiales al ver que se les escapaba la presa, descargaron su cólera en el monasterio de Benedictinos de San Juan de la Peña, entregando a las llamas aquella joya artística tan admirada de propios y extraños.

Obligado Renovales a capitular en la peña y boquete de Urzaingui para salvar a los roncaleses y ansotanos, D. Miguel Sarasa se vió forzado a desplegar todos sus recursos y todo su valor para hacer frente a las numerosas fuerzas dirigidas contra él.

En todo el mes de Septiembre libró diversos combates mantenidos con bravura increible, teniendo que dividir sus fuerzas para mejor burlar la persecución, cada vez más encarnizada, del enemigo.

El día 17 de Octubre, con 74 hombres esperó en Laciero un destacamento francés de 250 hombres, llevándolo en retirada hasta la ciudad de Jaca, detrás de cuyas murallas buscaron refugio los pocos que dejó con vida.

A fines de este mes sorprendió en las cercanías de Ayerbe un destacamento francés y que se apoderó de un convoy de 600 arrobas de sal que llevaban para la plaza de Jaca.

Vuelto a Navarra el 2 de noviembre, al frente de 300 guerrilleros batió una columna de 400 infantes y 50 caballos, completando su derrota al siguiente día en las cercanías de Sanguesa.

Al recibir la grave noticia de que Javier Mina (El Estudiante) se hallaba cercado por los imperialistas, decidió correr en su auxilio; mas al llegar al lugar de Bailio supo la retirada de los franceses, y dejando en Berdún a su segundo D. Domingo Lobera con 300 hombres y dos cargas de municiones, marchó con la sal a Xavierre Latre.

CONTINUARA

IV

Y lo produjeron. Llega a México, acompañando a un Virrey, aristócrata, lindo, suave y majadero. Se incorpora a su Diócesis en 1640 y decide, cosa extraña en aquellos tiempos —por lógica—, ser Obispo de verdad. Un Obispo necesitaba una Catedral. La de Puebla era todo menos eso. Casi parecía un corral desvencijado y sucio. Como necesitaba la Catedral, la hizo. Necesitaba feligreses y, como la mayoría de ellos eran indios se dedicó a protegerlos y bien lo necesitaban quienes estaban siendo, secularmente ya, explotados por todas las castas.

Necesitaba curas a quienes dirigir y mandar. El Obispado de Puebla en lugar de curas tenía frailes, que se apoderaban de los curatos como arma para enriquecer a sus Ordenes. "Por un entierro —descubre Palafox— llevaban a un español quinientos o seiscientos pesos; y si era indio, le vendían para misas sus bueyes y sus pobres alhajas". En tres días resolvió lo que la dejadez había creado en 50 años. Creyó que para entenderse con los indios era preciso conocer su idioma y ordenó que nadie pudiera consagrarse sacerdote sin conocer o estudiar las lenguas en que había de dirigirse, si quería ser entendido, a quienes tenía la obligación de doctrinar. Creía que los Colegios eran para enseñar y aprender y organizó el de San Juan, creando de paso los de San Pedro y San Pablo, y regalándoles una biblioteca, que hoy se llama la Palafoxiana, con más de 6,000 volúmenes "de todas ciencias y facultades". Puesto que en su Sede pululaban los licenciados y bachilleres, con él llegó la imprenta a Puebla. Tomó en serio la vieja tradición olvidada de que los beneficios eclesiásticos eran la administración de los bienes de los pobres y se empeñó por limosnero.

V

Pero el suave, blando y un poco majadero Señor Virrey, el Marqués de Villena, era primo del Señor Duque de Braganza que acababa de convertirse en Rey de Portugal. Ya que la católica majestad del Rey Don Felipe IV no pudo reconquistar el reino, destituyó al Virrey y de pronto se encuentra Don Juan de Palafox y Mendoza con el nombramiento de Virrey de la Nueva España, continuando como Visitador y con el añadido de ser designado Arzobispo de la ciudad de México. Suelen ser duros de pelar nuestros clérigos metidos a gobernar en lo civil. Arrojan silogismos, muchas veces en bárbara, a la cabeza de las gentes, e intentan convertir en un seminario escolástico el ritmo de la vida ciudadana.

Tomó posesión del Virreinato, ocupó interinamente el Arzobispado y continuó sus experiencias. Comenzó la fabricación de enemigos en serie. El primero, el Virrey depuesto, a quien residencia. Después todos los Ministros del Virrey, a quienes encausa. Sin tocar el sistema cree que lo que hay que corregir, muy clerical posición, son las personas, y agravia a quienes han mandado hasta entonces asustando a quienes defiende porque, con más experiencia que él, temen la segura revancha. Como en Puebla se lanzó sobre cuanto disonaba del concierto que le cantaba en su cabeza. Corrigió a curas y frailes, creó una casa para mujeres más divertidas o menos prudentes que la mayoría, dió estatutos a la Universidad, recuperó los curatos para el clero secular y como Virrey, encarceló a los Oficiales que se decían del Rey y que lo eran de su provecho, arregló la Real hacienda, socorrió a La Habana, hizo respetables las Salas de Justicias. Sus años mozos en la campiña de Aragón le hicieron bajar de las nubes y rompió el monopolio del agua de las huertas que unos cuantos poderosos se arrogaban. Puesto a actuar, todo lo encontraba fácil y llano y aunque él dijera "lo imposible de remedio dexarlo y llorarlo; mas lo posible, vencerlo y remediarlo", lo cierto es que atacaba imposibles y, provisionalmente, los vencía.

VI

Demasiada actividad para ser tolerada y consentida. Si la lógica seguía intentando imperar en Nueva España, podía romperse el ilógico sistema. En 1642, en el mismo año en que fué nombrado Virrey, fué sustituído por el Conde de Salvatierra y volvió a Puebla, dejando en México algunos reconocidos, un pueblo asombrado y temeroso de pagar con réditos de injusticia, la justicia que le habían hecho y unos pocos, pero los más fuertes, agraviados. Es el inconveniente de andarse por las ramas, sin pensar que lo más seguro es que no tengan fuerza para soportar a quien por ellas va, y den con él en el suelo.

Al volver a Puebla, sin quererlo, dió hachazos en el tronco y éste se le vino encima. Topó con los jesuítas. Esta fué su perdición y su gloria.

Campaban por sus respetos, al margen de las leyes de la Iglesia, los Padres de la Compañía por toda América; en Puebla como en cualquier otra parte. Decidió dominarlos. Se olvidó de su máxima "lo imposible de remedio, dexarlo y llorarlo" y tuvo que llorar el no haberlo dejado. Unos años de vértigo en que recogió las tempestades que había sembrado en su ventolera de reforma Excomulga a los jesuítas, estos consiguen excomulgarlo a él. Se divide el pueblo. Con él se quedan unos cuantos españoles, los indios, los negros y algunos curas indígenas. Nada más que la mayoría y por lo tanto lo más ineficaz en el régimen colonial. Frente al insurrecto —y lo es, nosotros, los refugiados, lo sabemos mejor que nadie, quién se empeña en defender la legalidad de las leyes—, todo el mundo de personas importantes, desde el Virrey a los Padres Maestros de las Ordenes religiosas pasando por los Oidores de la Real Audiencia. Es en vano que el Rey y el Papa, le den la razón a Palafox. Los muy locos no sabían que en el siglo XVII, quienes tenían siempre la razón eran los jesuítas y la tenían porque nuestro Don Juan, seguía a pesar de tener el tronco encima, andándose por las ramas, y cuando pudo resistir, con su pueblo, con la fuerza de su pueblo, la de sus enemigos, prefirió marcharse a los montes a predicar la justicia de su causa en vez de utilizarla para aplastar la injusticia.

VII

Como era de esperar, tras darle la razón, fué desterrado de su Nueva España y regresó a la metrópoli. Salió llorando de la tierra en que había vivido hacia aquella en que nació. Después fué Obispo de Osma. Allí murió, sin dejar otra cosa que deudas y el recuerdo de una conmoción sin igual en la Colonia que, durante muchos años le recordaba mientras pasaban por ella una letanía de Virreyes sordomudos sólo interrumpida, cien años después, por los que enviaba un gran admirador de D. Juan, el rey Carlos III.

Ni muerto dejó descansar a las gentes de las dos Españas. En la protohistoria del liberalismo español y americano se agarraron a su memoria quienes querían sacar a flote lo vivo del pueblo español —de los pueblos españoles— y se empeñó una singular batalla para hacerlo llegar a los altares. Como siempre se quedó a mitad de camino y todavía sigue abierto su proceso de canonización. Durante mucho tiempo fué motivo de polémica. Hoy está en el olvido a la espera de un historiador o un literato que perfile y complete su figura no sólo a través de sus actos sino de sus propósitos que dejó marcados en la selva de sus obras literarias.